

Página Teresiana

Un Caso de Estigma

MILES y miles de personas han acudido estos últimos días a Konnersreuth, una pequeña aldea situada en la frontera entre Czecho-Slovakia y Bavaria, para ver a Teresa Nuemann, una humilde joven de 28 años, que se cree tener impresas las llagas de Nuestro Señor. Tan grande ha sido el número de peregrinos que han ido a verla que el cura de Konnersreuth se vió obligado a pedir que cesasen las visitas.

* * *

La modesta y sencilla joven parece sufrir como San Francisco de Asis cuyo séptimo centenario hemos celebrado el año pasado. También nos recuerda a la Venerable Catalina Emmerich, aunque la joven no ha oído hablar nunca de ella. Los médicos, estupefactos, no saben ascribir las llagas y sufrimientos que padece la joven a ninguna cosa natural. La prensa católica de Czecho-Slovakia y Bavaria se ha ocupado mucho del caso investigándolo profundamente.

El Rdo. P.J.Naber, cura párroco de Konnersreuth, una persona altamente ilustrada y que goza de estima universal, ha dado los detalles siguientes respecto esta joven extraordinaria:

Teresa es la hija de padres humildes y la mayor de diez hermanos. Es casta y bien educada. Estuvo empleada durante algunos años en una taberna local, cuando, durante un incendio ocurrido el verano de 1918, se desmayó de repente y fué hallada padeciendo de una lesión de la espina dorsal. Más tarde sufrió varios ataques de parálisis y contracciones musculares y acabó por quedarse completamente ciega en 1919.

En este estado miserable se volvió con gran devoción a la Florecita de Jesús y el día de la beatificación de la Santa, el 29 Abril de 1923, cuatro años después de haberse quedado ciega, recobró por completo la vista. La lesión de la espina dorsal continuó sin embargo y los médicos fueron impotentes en curarla. Tenía una pierna en-

cogida hacia arriba apretando la otra.

El 17 de Mayo de 1925 el P. Naber fué llamado súbitamente para que fuese a ver a la joven a quien encontró con los ojos fijos en algo invisible, sus manos extendidas como para alcanzarlo y su cara radiante de alegría. Aquel día, despues de una parálisis de seis años y medio, Teresa se sentó de repente, pero continuaba padecienco aun mucho. El P. Naber la pidió explicaciones y ella le contestó lo siguiente: "estando en oración, apareció una luz maravillosa ante mis ojos y una voz suave me preguntó al mismo tiempo si deseaba curarme. Contesté que para mí era igual recobrar la salud, o seguir sufriendo, o morir, según la voluntad de Dios. La voz me dijo entonces que me aliviaría un poco, pero que me sería aun permitido sufrir mucho, mas, que no me desesperase por esto. Por último me dijo la voz: "Por los sufrimientos se han salvado mucho más almas que por los sermones más elocuentes."

Estas palabras se encuentran en la sexta carta de Santa Teresita.

La afcción de la espina dorsal desapareció, y, el día del aniversario de Santa Teresita, la luz maravillosa se dejó ver una vez mas y la misma voz misteriosa dijo a Teresa Neumañ que era la voluntad de Dios que ella se levantara y caminará sin la ayuda de otras personas. Desde entonces se ha levantado y se encuentra muy atareada.

Este año, al principio de la cua-

resma, Teresa tuvo que guardar de nuevo cama. Algún tiempo despues, empezaron a sangrar sus ojos y fué de mal en peor. El P. Naber dice que cuando fué a verla, el Viernes Santo en compañía de otro sacerdote, Teresa parecía una martir. Estaba postrada en cama; de sus ojos brotaba sangre que corría por sus mejillas y su cara estaba pálida como la muerte. Sufrió la agonía de la muerte hasta a las tres de la tarde, hora en que murió nuestro divino Salvador. Despues de esta hora se calmó algún tanto, pero el sufrimiento continuó hasta la mañana del Domingo de Resurrección cuando pareció renacer a una vida nueva.

Durante su agonía, el Viernes Santo, Teresa vió la pasión de Cristo, tomando tambien gran parte en ella. Sintió, según ella, un dolor agudo en sus pies y manos; ahora se ven en estos miembros llagas redondas de las cuales brota regularmente sangre todos los Viernes. En el costado izquierdo se abrió una llega algún tiempo antes de Pascua de Resurrección y de esta brota tambien sangre de vez en cuando. Los médicos no son capaces de dar una explicación natural de estas heridas."

Hasta aquí el P. Naber.

* * *

Un corresponsal de un periódico católico de Viena que fué a Konnersreuth para averiguar los hechos relatados confirma la historia del P. Naber con el testimonio de muchos testigos.

“Encontré a Teresa Neumann en la iglesia; aunque no la conocía, inmediatamente estuve bajo la impresión de que ella era la persona a quien yo buscaba, porque su figura atrae la atención del que la ve, por la expresión sobrenatural de su cara, y particularmente por la her-

mosura radiante de sus ojos. Desde la media noche del jueves hasta la tarde del Viernes, reaparece el mismo fenómeno de la pasión. Los sábados Teresa Neumann está ordinariamente tan buena y fuerte que puede ir a la iglesia.

De Buen Humor

Como prueba de que hay más ostentación que filosofía en rehusar los beneficios, cuéntase que Xenócrates rehusó un día cien libras que le ofrecía Alejandro, diciendo que no las necesitaba.

Alejandro más filósofo esta vez que Xenócrates, exclamó asombrado:

—¡Como! ¿No tienes ningún amigo que pueda necesitarlas? ¡Todas las riquezas de Darío no me han bastado para contentar a mis amigos, y tu no puedes distribuir cien libras entre los tuyos! ¡Miserable filosofía!

En un salón debía pronunciarse un discurso relativo a los derechos de las mujeres. Ocupados ya todos los asientos, un caballero vió entrar a una señora y se levantó para cederle el puesto; mas antes le dijo:

—¿Es V. acaso de las que reclaman los mismos derechos que los hombres?

—¡Ciertamente! repuso con firmeza la señora.

—¿Cree V. que la mujer debe gozar de iguales privilegios de el hombre?

—Si señor.

—En ese caso, permanezca V. en pie y comience a disfrutar de sus derechos.

Y tornóse a sentar.

Los gastrónomos andaluces discutían, con la exageración indígena, cual era el mejor modo de comer la caza.

—Yo —decía uno— cuando mato una chocha, la cuelgo de un clavo por el pico y le ato algunas alondras, que han tomado el gusto de la becada.

—Yo—contestó el otro—hago lo mismo, solo que tiro la chocha y las alondras.

—Y que se come V.?—preguntó el primero algún tanto asombrado.

—¡El clavo!